

## LOS ORIGENES DEL MONACATO (Siglos IV-V)

---

RAMÓN TEJA

Catedrático de Historia Antigua.  
Universidad de Cantabria.

---

### *Planteamiento del tema y estado de la cuestión.*

Difícilmente puede imaginarse lo que habría sido la historia de la Cultura de Occidente (el arte, la literatura, la música, las mentalidades, etc.) sin la existencia de un fenómeno social y religioso como el Monacato, que ha perdurado desde la Antigüedad hasta nuestros días. Si es cierto que la cultura occidental es producto de la confluencia de dos factores fundamentales, civilización grecolatina y cristianismo, no lo es menos que éste, el Cristianismo, ha tenido como uno de sus componentes esenciales y más característicos al Monacato. Tanto es así, que cualquier persona con no excesiva formación histórica no dudaría en afirmar que el Monacato nace con el cristianismo y que no es concebible éste sin la existencia del Monacato. Sin embargo ésto no ha sido así históricamente. En nuestra exposición trataremos de diseñar cuales fueron los grandes pasos del nacimiento del Monacato y cómo éste es un producto relativamente tardío del cristianismo y tuvo unos orígenes en gran medida heterodoxos. De este modo pretendemos que nuestra charla sirva de introducción histórica al Monacato medieval, pues fue este período cuando alcanzó su máximo apogeo y su expresión definitiva y será la época en que centrarán su atención los conferenciantes que me sucedan.

Las fuentes de que dispone el historiador de la antigüedad para el estudio del Monacato son abundantes y muy variadas.<sup>1</sup> A partir del siglo IV proliferó

<sup>1</sup> Con todo, las fuentes más importantes pueden encontrarse en los *Apothegmata Patrum* (P.G. 65, 71-440); la *Historia Lausiaca*, de Palladio (ed. C. BUTLER, Cambridge, 1904); la *Historia Monachorum in Aegypto* (ed. A. I. FESTUGIERE, *Subsidia Hagiografica*, 34, Bruselas, 1961) y las *Historias Eclesiásticas* antiguas, en especial las de Sócrates, Sozomeno y Teodoreto de Ciro.

una amplísima literatura sobre el tema, conservada en su mayor parte, lo que ha dado lugar a que, mientras los historiadores de la antigüedad normalmente nos enfrentamos ante el problema de la escasez de la documentación disponible y tengamos con mucha frecuencia que suplir los análisis concretos por los planteamientos generales, en este caso lo que resulta difícil es intentar una labor de síntesis en un tema tan complejo como éste, con tanta información a nuestra disposición y tan grande producción bibliográfica moderna. Ello no significa que todos los problemas relacionados con los orígenes del Monacato estén resueltos, incluso algunos de capital importancia. Hay que tener presente que las fuentes, aunque abundantes, son de un valor muy dispar, que muchas están a la espera de la aplicación de las técnicas de la crítica textual y que plantean problemas específicos por la variedad de lenguas en que están redactadas (latín, griego, copto, siríaco, armenio, etc.). Cabe señalar por último, que gran parte de la investigación moderna ofrece múltiples deficiencias porque muchas veces priman en ella factores que no son el espíritu crítico y científico que debe guiar al historiador.<sup>2</sup>

Consecuencia de todo ello es la gran variedad de posturas y teorías existentes aún hoy sobre el origen del Monacato. Un punto creemos que debe darse por seguro y asentado: el Monacato no nace con el Cristianismo. Es un producto tardío de éste que tiene sus primeros balbucesos en el s. III y alcanza un enorme desarrollo en el s. IV. Así pues el cristianismo de los primeros siglos fue un cristianismo sin monjes y sin anacoretas, que fueron la expresión primera del Monacato. Las dimensiones surgen a la hora de fijar cuáles fueron los factores que determinaron el nacimiento del Monacato e incluso si éste puede ser considerado como un fenómeno que hunde sus raíces en el cristianismo, o, por el contrario, puede ser considerado como un producto extraño, adaptado y transformado por el cristianismo. El debate histórico moderno se remonta fundamentalmente a la publicación en la segunda mitad del XIX de

<sup>2</sup> La bibliografía sobre los orígenes y desarrollo del Monacato en el mundo antiguo es amplísima, como hemos dicho. En castellano puede verse una amplia selección en GARCÍA M. COLOMBAS, *El Monacato Primitivo*, I (BAC 351), Madrid, 1976, pp. XIII-XIX, y J. QUASTEN, *Patrología*, II (BAC 217), Madrid, 1977, pp. 159-161. Un seguimiento bibliográfico puede hacerse en la *Bibliografía Patristica*, con volúmenes anuales a partir de 1956. Por otra parte, todas las Historias de la Iglesia dedican uno o varios apartados al tema. Una monografía sobre los orígenes del Monacato oriental, que recomendamos por su belleza, y que es de lamentar no haya sido traducida aún al castellano, es la de D. CHITTY, *The Desert a City. An Introduction to the study of Egyptian and Palestinian Monasticism under the Christian Empire*, Oxford, 1966.

la obra del alemán H. Weingarten,<sup>3</sup> quien lanzó la teoría de que el monacato cristiano derivaba del paganismo egipcio y que era una derivación de los *Katoichoi* de los templos de Serapis, personas que llevaban una vida reclusa en los templos con una práctica severa de las ascesis: mantenimiento de castidad perpetua, renuncia a los propios bienes, entrega a la oración y otras manifestaciones cuyos paralelos con el Monacato cristiano son indudables.

A raíz de la publicación de esta obra de Weingarten, se desató una gran polémica histórica con estudios a favor y en contra que han ido ampliando y enriqueciendo la visión histórica del fenómeno. En particular ha sido objeto de amplias investigaciones en el marco de la escuela de la historia comparada de las religiones que, del mismo modo que ha ido situando los orígenes del cristianismo en el ámbito histórico de las religiones de la época, ha tratado de situar el fenómeno concreto del Monacato en el contexto de otras manifestaciones similares de la antigüedad. Así, se ha intentado relacionar los orígenes del Monacato, aparte de con el ya citado caso del paganismo egipcio, con el Monacato budista, con las prácticas de las religiones místicas greco-romanas y egipcias, con el neoplatonismo, con otras escuelas filosóficas griegas (en especial el pitagorismo, el cinismo y el estoicismo) y con los terapeutas judíos del Delta del Nilo, minuciosamente descritos por Filón de Alejandría. A raíz de los descubrimientos en los años cuarenta de los papiros del Mar Muerto se ha renovado el debate y ha sido abundante la literatura que ha estudiado las posibles relaciones entre los esenios y el Monacato cristiano.

El análisis de todas estas y otras manifestaciones de vida religiosa que presenta paralelos con el Monacato cristiano sería prolijo e interminable. Lo que estos estudios han puesto de manifiesto de manera indudable es que el Monacato no es un fenómeno típico y característico del cristianismo y que la explicación histórica de sus orígenes hay que buscarla en el conglomerado de ideas y sentimientos religiosos dominantes en los países que rodean al Mediterráneo oriental en los primeros siglos de nuestra era. En este contexto creemos que resulta estéril tratar de dar la preeminencia a una manifestación concreta o a un país determinado, pues incluso resulta discutible algo que hasta hace pocos años nadie ponía en duda: que el Monacato cristiano hubiera nacido en Egipto. En el ámbito de este mundo de ideas religiosas dominante en estas regiones durante varios siglos, y de las que el cristianismo es un fenómeno

<sup>3</sup> «Der Ursprungs des Mönchtums im nachconstantinischen Zeitalter», *Zeitschrift f. Kirchengeschichte*, 1876, pp. 1-35 y 545-574, refundido poco después en el libro *Der Ursprung des Mönchtums*, Gotha, 1877.

más entre otros muchos, creemos que hay un factor histórico que desempeñó un papel de capital importancia, la adopción creciente y el triunfo en ciertos ambientes del cristianismo primitivo de un dualismo radical, que era la base de las corrientes de pensamiento gnósticas. Es bien sabido que el cristianismo desde sus orígenes estuvo imbuído de gnosticismo hasta el punto de que la ortodoxia se definió básicamente frente a esta corriente de pensamiento y la iglesia como tal surgió del debate religioso e ideológico frente a él.<sup>4</sup> Simplificando esquemáticamente el proceso, podemos afirmar que, del mismo modo que a finales del siglo I el cristianismo había logrado afirmar su identidad frente al judaísmo, a finales del siglo II se había afirmado frente al gnosticismo. Pero esta «victoria» se llevó a cabo a costa de verse imbuído de importantes influencias gnósticas y judaicas. De este modo, en el siglo III se logró afianzar una iglesia dominante —la *Grossenkirche* de los alemanes— basada desde el punto de vista institucional en la jerarquía episcopal, pero junto a ella subsistieron en su seno una serie de corrientes y tendencias más o menos «heterodoxas» que terminaron por ser integradas. Una de ellas era el dualismo radical gnóstico y gnostizante que llevaba a una concepción eminentemente «pesimista» del mundo y a una contraposición radical entre el espíritu y el cuerpo. El predominio de estas concepciones radicales en ciertos ambientes cristianos constituye el sustrato ideológico que explica las primeras manifestaciones cristianas del Monacato. Algunos historiadores modernos han defendido que el cristianismo tuvo en Egipto un origen gnóstico<sup>5</sup> y no en vano es aquí donde el anacoretismo, primera manifestación del Monacato, tuvo sus más tempranas —aunque no únicas— y pujantes expresiones.

En el ámbito de la prolija historia del surgir del Monacato en los distintos países mediterráneos creemos que hay tres personajes claves en torno a los cuales gira la evolución del Monacato primitivo: S. Antonio, S. Pacomio y S. Basilio. Cada uno representa un momento y un estadio en la evolución del fenómeno monacal: S. Antonio habría sido el iniciador del anacoretismo,

<sup>4</sup> Sobre el Gnosticismo, las obras básicas siguen siendo H. JONAS, *The Gnostic Religion*, Boston, 1958, y R. M. GRANT, *Gnosticism and Early Christianity*, Nueva York, 1954. Sobre las relaciones entre «ortodoxia» y «heterodoxia», no se puede prescindir de las obras clásicas y complementarias entre sí de W. BAUER, *Rechtgläubigkeit und Ketzerei im ältesten Christentum (Ortodoxia y Herejía en el cristianismo primitivo)*, 1934, (2.<sup>a</sup> ed. Tübingen, 1964) y H. E. W. TURNER, *The pattern of Christian Thought*, Londres, 1954. Un estado de la cuestión sintetizado, en M. SIMON-A. BENOIT, *El Judaísmo y el Cristianismo antiguo*, Nueva Clío, 10, Barcelona, 1972, pp. 218-234.

<sup>5</sup> P. ej. W. BAUER, en la obra citada en la nota anterior.

S. Pacomio el fundador del cenobitismo y S. Basilio el que habría regularizado y hecho compatibles estos fenómenos con la iglesia oficial y, por lo tanto, el punto de partida del Monacato posterior.

### *El Anacoretismo.*

Según las fuentes antiguas y en especial San Atanasio, su biógrafo, el fundador del anacoretismo habría sido S. Antonio. Este había nacido en el año 251 en la aldea de Quemana al sur de Menfis, en el seno de una familia cristiana. Aún joven perdió a sus padres y hacia los 18 años, llevado de una llamada divina, abandonó y vendió todas sus propiedades, que entregó a los pobres, salvo una pequeña parte que dejó para mantener a su hermana. Se puso a las órdenes de un anciano que desde hacía tiempo llevaba vida ascética en una aldea vecina y se entregó al estudio de la Biblia y al trabajo manual. Desde un principio experimentó grandes tentaciones del diablo, que trataba de superar intensificando sus mortificaciones y penitencias. Se retiró más tarde a vivir en una tumba antigua abierta en la montaña y algunos años después se adentró en el desierto, habitando veinte años en un castillo abandonado. Su forma de vida y los milagros que realiza atraen a curiosos seguidores que se establecen en las cercanías, a quienes sirve de ejemplo, de maestro y de guía moral, ayudado por las curaciones y milagros que realiza. Durante la persecución de Maximino en el 311 se traslada a Alejandría para animar a los cristianos presos. Vuelve al desierto, pero la gran cantidad de seguidores y curioso que acudían allí le obliga a cambiar de lugar. Se une a una caravana de «Sarracenos» que se dirigía al Mar Rojo y se instala en el Monte Colzum, a cuyos pies había un oasis. Allí transcurre el resto de su vida abandonando el retiro sólo en dos ocasiones, una para visitar la colonia de anacoretas que había surgido en torno suyo, y unos meses antes de morir para combatir a los arrianos en Alejandría. Murió el 356, a los 105 años.

Antonio se convirtió en el padre modelo de los anacoretas. Su influjo lo ejerció por dos conductos: con el modelo de su vida, que atrajo a multitud de seguidores e imitadores, y con la biografía que de él escribió S. Atanasio y que tuvo un éxito y difusión extraordinaria, constituyendo un verdadero «bestseller» de la Antigüedad, traducido a todos los idiomas de la época.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Muy pronto se hicieron dos traducciones latinas; la más famosa la de Evagrio, realizada con gran libertad tratando de mejorar el original griego, tuvo una influencia

Atanasio creó un nuevo género biográfico que fue pronto imitado y repetido, dando lugar a la amplísima literatura hagiográfica de la antigüedad y de la Edad Media. El éxito y la influencia de esta Biografía fue tal que cabe preguntarse quién tuvo más influencia en el anacoretismo y el Monacato antiguos si S. Antonio con su modelo de vida o Atanasio con su biografía.

En la biografía de Antonio quedan fijados como en estereotipo las características del anacoreta y del anacoretismo. El anacoreta huye al desierto para alejarse del mundo y hallar a Dios. Pero se encuentra con un enemigo peor que el mundo y la carne: el diablo. Este es un ser real y presente en la vida del solitario: se le aparece casi todos los días, le atormenta física y moralmente, adoptando las formas variadas. Todo ello hace que, lejos de llevar una vida relajada y solitaria, la vida del monje en el desierto sea una lucha, una «*militia*» permanente.

Al propio tiempo, el diablo se convierte a partir de ahora en un personaje que ocupa un lugar del primer orden en la historia y en la literatura y adquiere un protagonismo tal que la historia del Monacato y del cristianismo posterior no se explica sin el demonio. El diablo tienta bajo todas las formas, físicas, morales, mentales, y el solitario tiene que recurrir a todas las armas para vencerlo: intensificar la ascesis y las mortificaciones. Con ello la vida del anacoreta se convierte en una carrera, buscando las penitencias más difíciles y extravagantes. Si el diablo tienta a través del cuerpo lo mejor es suprimir éste. La lujuria es con el diablo el principal enemigo, y la lujuria está representada en la mujer. No habría anacoretas si no hubiese diablo y mujeres. La mujer se le presentaba al anacoreta como el ser peligroso por excelencia y para vencerlo recurre a todos los medios, incluida la castración o castraciones.

Los anacoretas egipcios marcaron las pautas que seguiría a partir de entonces el anacoretismo en otros lugares del Imperio: rigorismo, enfrentamiento con el mundo y con la carne, elevación del diablo a símbolo de todo mal. Todo ello refleja una concepción dualista del mundo derivada del gnosticismo y que ahondó más todavía el maniqueísmo.

Pero no fue en Egipto donde los excesos en la represión del cuerpo llegaron más lejos. En Siria, donde los orígenes del anacoretismo y del Monacato son oscuros, pero según parece, tan antiguos como en Egipto, los excesos

enorme en la difusión del Monacato en Occidente. Se conocen también traducciones antiguas al copto, armenio, sirio, árabe, etíopico y georgiano. Naturalmente se ha traducido también a casi todas las lenguas modernas, pero no conozco ninguna en castellano.

del rigorismo y la represión corporal alcanzaron su máxima expresión.<sup>7</sup> La influencia judaica, que algunos quieren hacer remontar al movimiento esenio, y la posterior del maniqueísmo pueden facilitar su comprensión. Aquí parece que se desarrolló entre los solitarios una especie de carrera para idear los medios más extraños y extravagantes de hacer penitencia: se difunden tipos de ascetas como los *dendritai*, que viven en las copas de los árboles, los *boskoi*, que viven en los bosques desnudos y alimentándose sólo de raíces y frutas, los *reclusos*, que viven encerrados entre cuatro paredes que se hacen construir para ocultarse a los curiosos, los *giróvagos* o vagabundos, que se dedican a andar continuamente de un lugar para otro o, los más famosos de todos, los *estilitas*.

El iniciador de esta forma de ascetismo fue Simeón el Estilita. Su vida y su persona, que alcanzó enorme popularidad, las conocemos bien gracias a su biógrafo, Teodoreto de Ciro, que hace una descripción muy pintoresca en la *Historia Religiosa*. Nació hacia el 390 en una aldea situada entre Siria y Cilicia. En su juventud fue pastor, hasta que decidió seguir la vida monástica entrando en el célebre monasterio de Teleda, donde pronto se distinguió por sus excentricidades (así, mientras los restantes mojes ayunaban dos días, él lo hacía toda la semana). Ello provocó problemas con el resto de la comunidad por lo que lo expulsaron de ella a los diez años. Se estableció luego en una cisterna vacía, pero los superiores de Teleda, arrepentidos, fueron a buscarlo. Se reincorporó tras largas insistencias, pero al poco tiempo abandonó esta comunidad definitivamente. Se dedica entonces a vivir como anacoreta cerca de Antioquía, llamando la atención por sus afanes de atormentarse: ayuna toda la cuaresma; después se hace atar con una cadena en un monte próximo y se hace rodear de una cerca para librarse de las miradas de los curiosos. El obispo Melecio de Antioquía le convence de que abandone la cadena. Pero, entre tanto, los curiosos acuden en número cada vez mayor y siente el agobio de que no puede ni respirar. Para librarse de ello decide subir a una columna: primero una de seis codos, luego de doce, después de veintidós, y, por fin, se establece en una de treinta y seis. Allí permanece inmóvil, de pie día y noche, sin vestido, haciendo continuas y profundas inclinaciones para orar. Un acompañante de Teodoreto de Ciro llegó a contar en un día 1.244, hasta que

<sup>7</sup> Sobre el Monacato sirio la obra clásica y fundamental de J. FESTUGIERE, *Antioche paënne et chrétienne: Libanius, Chrysostome et les moines de la Syrie*, París, 1959, y la monumental, pero inconclusa, de A. VÖÖBUS, *History of Ascetism in the Syrian Orient*, vol. 1 y 2. Lovaina, 1958 y 1960.

se cansó de seguir contando. En los días de fiesta permanecía con los brazos elevados al cielo desde el amanecer hasta el ocaso. Es de suponer las grandes masas que acudían a contemplarlo procedentes de todos los puntos del Imperio: un grupo de doscientos discípulos se encargaba de organizar las visitas de los peregrinos. En Roma se puso de moda la fabricación de columnas en miniatura que se colocaban en los atrios de las viviendas. Simeón, desde su columna, dirigía la oración de la muchedumbre, predicaba, daba consejos, hacía milagros, enviaba cartas a los obispos y al emperador. Y allí murió tras cuarenta años en la columna, el año 459. Pronto se construyó una enorme basílica en el lugar, con una gran construcción octogonal en cuyo centro se levanta la columna del santo. De esta parte central surgen cuatro basílicas, formando una planta en cruz con riquísima arquitectura. El lugar se convirtió en uno de los principales lugares de culto de la antigüedad en la Edad Media y sus impresionante ruinas sigue aún en pie en Kar-ar-Sem-an.<sup>8</sup>

El anacoretismo de Simeón el Estilita fue sólo una forma especial del anacoretismo oriental, y en concreto del siríaco, pero es fácil de imaginar que pronto encontró imitadores en todas partes, proliferando las vidas y experiencias de penitentes estilitas bien estudiados por D. Delehayé.<sup>9</sup> Quizás el más conocido de todos, y el que más relevancia tuvo por llevar la moda estilita hasta la misma capital del Imperio, Constantinopla, fue S. Daniel. Nacido en el año 409 cerca de Samosata, ingresó en un monasterio a los doce años. Llevó una vida agitada por diversos monasterios, visitó dos veces a Simeón el Estilita, hasta que en el 451 llegó a Constantinopla estableciéndose en las ruinas de un templo pagano donde se dedicó a poner en práctica el ideal de vida solitaria. Al cabo de nueve años decide hacerse estilita. Bajó al poco tiempo de la columna para encaramarse en otra más esbelta y bella que le mandó erigir un alto dignatario de la corte. Finalmente se instaló en una tercera mucho más noble erigida por el emperador León I con esta inscripción: «*A mitad de camino entre cielo y tierra hay una razón que no teme a los vientos que soplan de todas partes. Su nombre es Daniel. Habiendo asegurado firmemente los pies sobre una doble columna, emula el gran Simeón. El hambre de los manjares celestiales, la sed de las cosas inmateriales, constituyen su único alimento. De este modo proclama al Hijo de la Virgen*». Así se mantuvo

<sup>8</sup> Véase H. ECOCHARD, «Le sanctuaire de Qual'-at-Sem'an», *Bulletin d'études orientales*, 6, 1936, pp. 61-90; J. LASSUS, *Sanctuaires chrétiens de la Syrie*, París, 1947; T. Ch. M. SOURNIA, *L'orient des premiers chrétiens. Histoire et Archeologie de la Syrie Byzantine*, París, 1966.

<sup>9</sup> *Les Saints Stylites*, Bruselas, 1923.

durante 35 años. Situado a las puertas mismas de Constantinopla, constituía un espectáculo permanente, amenizado por los milagros y profecías, entre sus devotos, los emperadores, emperatrices, obispos y dignatarios de la corte. La estima que le profesó León I le llevó incluso a construir un palacio junto a la columna para poder disfrutar de su visión desde más cerca. En una ocasión estuvo a punto de derribarlo una gran tormenta, tras lo cual el emperador decidió construir una especie de jaula de hierro para protegerlo, lo que aceptó tras larga insistencia del emperador. Por fin murió el 493 y junto a la columna se construyó un monasterio con su nombre.

### *El Cenobitismo.*

El anacoretismo se considera la fase más elemental y primera de la vida monacal, si bien ya desde sus orígenes los anacoretas tendían a vivir agrupados, aunque sin llevar vida en común, reuniéndose circunstancialmente para ciertos actos, en especial para los oficios divinos. Le sucedió en el tiempo, y como evolución lógica, la vida en común o cenobítica (*koinós bios*). Si S. Antonio ha pasado por ser el fundador del anacoretismo, fue otro egipcio, algo más joven, S. Pacomio, a quien se le ha concedido el honor de ser el fundador del cenobitismo.

En realidad, antes de que Pacomio llevase a cabo su obra, ya existían formas dispersas, pero escasamente organizadas, de vida en común. Pacomio fue un reformador, sistematizador y organizador que dejó fijadas por escrito sus Reglas por lo que se le puede considerar merecidamente el padre del cenobitismo cristiano.<sup>10</sup> Nacido a mediados del s. III en Esna (Alta Tebaida), hacia el 320, de padres paganos, fundó su primer gran cenobio en Tabennisi, cerca de Dendera en la Tebaida en la orilla derecha del Nilo. La organización de la vida en común se basaba en la división del trabajo y la práctica de la oración siguiendo unas reglas fijadas por el propio Pacomio. Acudieron desde el principio gran cantidad de aspirantes por lo que el monasterio quedó

<sup>10</sup> Tradicionalmente se ha utilizado como única fuente de información directa sobre la persona y obra de S. Pacomio el texto de su Regla en la versión S. Jerónimo. En este siglo los estudios sobre S. Pacomio han experimentado un gran avance gracias a las obras de L. Th. LEFORT - A. BOON, *Pachomiana Latina. Règle et épîtres de S. Pacôme. Épître de S. Théodose et «liber» de S. Orsiesius*, Lovaina, 1932; L. Th. LEFORT, «La Règle de S. Pacôme», *Le Museón*, 48, 1932, pp. 75 y ss.; 54, 1951, pp. 111 y ss.; Id., *Oeuvres de Pachôme et de ses Disciples*, CSCO, 159, Lovaina, 1956.

pequeño, llevándole a fundar otros en diversos puntos de la zona. Al propio tiempo surgirán otros dos de mujeres, uno de ellos dirigido por una hermana de Pacomio. En total fundó seis *Koinonias* de hombres y dos de mujeres, hasta su muerte en el 346.

Sobre el número de sus miembros las fuentes son muy dispares: desde los 3.000 de Paladio, hasta los no menos de 50.000 de Jerónimo. Su labor fue continuada por sus sucesores, en especial Teodoro, que siguieron fundando comunidades y perfeccionando las reglas. En la segunda mitad del s. IV alcanzaron el Bajo Egipto.

El objetivo de Pacomio no fue acabar con la vida anacóretica, de la que se declaraba admirador y, de hecho, con frecuencia se producían intercambios de una vida a otra, sino facilitar este tipo de vida manteniendo sus ventajas, evitando sus inconvenientes, para acabar con las discusiones sobre la utilidad del trabajo que dividían a muchos anacoretas. Los monasterios pacomianos estaban rodeados de un amplio recinto que servía de muro de clausura, dentro del cual había dispersas una serie de casas en cada una de las cuales convivían unos 20 monjes. Cada monje tenía su propia celda, que más adelante compartiría con otros dos, y una serie de servicios comunes: iglesia, cocina, comedor, despensa, jardín y albergue para forasteros. Dentro del monasterio se implantó una jerarquía elemental: cada casa tenía su *praepositus*; cada tres o cuatro casas formaban una tribu, y cada monasterio tenía un superior, el cual reconocía al superior general que primero tuvo su sede en Tabennesi y después en Pebu. Pacomio no quiso que sus monjes se ordenasen, como tampoco fue ordenado él.

La regla era muy clemente y moderada en comparación con las prácticas de los anacoretas o de monasterios de otros lugares, en especial los de Siria. La mayor parte del día se dedicaba al trabajo, realizado en silencio o cantando salmos. La comida era frugal, pero bastante abundante, admitiéndose privaciones voluntarias. Los rezos no eran frecuentes. Había una serie de penas para las faltas cometidas, que iban desde la admonición a la expulsión. No pronunciaban votos, aunque se sometían a unas series de prácticas: pobreza, castidad, etc. Podían recibir visitas con el debido permiso. El mismo temperamento de Pacomio fue ejemplo de moderación, reinando en sus monasterios un gran espíritu servicial.

La piedad que impone es muy simple y, en ella, se manifiestan más las tradiciones del cristianismo popular copto que la influencia de la teología ascético-mística de Orígenes, muy imbuida de helenismo. La Biblia ocupa el lugar central en su concepción de la piedad: se recomienda su aprendizaje de

memoria y de ella están sacados los modelos de vida que se ofrecen a la imitación de los monjes.<sup>11</sup>

En conjunto la obra de Pacomio se presenta como una de las más influyentes en la historia del monacato y del cristianismo, pues la amplia literatura que se generó en torno suyo servirá de guía en siglos posteriores y su personalidad como una de las más humanas y atractivas de la antigüedad. Aunque su influjo dentro y fuera de Egipto fue enorme, no todos los monasterios egipcios fueron pacomianos. Hubo escisiones de monasterios que decían no reconocer la autoridad central de Pebu. El más famoso es el célebre *Monasterio Blanco* cerca de Akmin, en el pueblo de Atripe, cuyas ruinas imponentes aún subsisten. Fue fundado a mediados del s. IV por un tal Pgol o Bgul con una serie de anacoretas que seguían las reglas pacomianas. Le sucedió su sobrino Shenute que lo condujo a un gran esplendor. Este tenía una personalidad y carácter totalmente opuestos a Pacomio, e hizo del monasterio un verdadero emporio económico, político y religioso. Nacido en el 334, ingresó en el monasterio en el año 370 y sucedió a su tío en el 388. A su muerte en el 451 el monasterio contaba con 2.200 monjes y dependían de él bienes con una extensión de unos 50 kms. cuadrados en donde se construyeron casas, verdaderas explotaciones agrícolas dependientes del monasterio.

La personalidad de Shenute es apasionante: irascible, dominante, culto, pasa por ser el principal escritor religioso copto —ha dejado una amplia producción de cartas y sermones—. De su carácter da idea el hecho de que mató con sus propias manos a un monje culpable de robo. Sabía griego y conocía los filósofos y la poesía griega, pero su espíritu era profundamente egipcio. Desconocía la teología y tenía una religiosidad simple y práctica: hay que obedecer a Dios para merecer su recompensa y evitar el castigo. Elevado de este espíritu simple y fanático se dedicó con hordas de monjes a destruir y quemar templos y santuarios paganos y abandonó Egipto para ir a predicar y combatir contra los herejes. Al propio tiempo, desarrolla una enorme acción social: ayuda a los pobres y despoja a los ricos, acoge en el monasterio a masas de campesinos, que huyen de las incursiones de bárbaros y sarracenos. Mantiene contactos con obispos, con todos los monasterios y los poderes políticos lo temen. Se cree superior a todos llevado de una inspiración divina. Su fanatismo y su afán de poder recuerdan ciertas instituciones monásticas medie-

<sup>11</sup> Véase P. DESEILLE, «L'esprit du monachisme pacômien», *Spiritualité Orientale*, 2, 1958; A. VEILLEUX, *La liturgie dans le cénobitisme pacômien au quatrième siècle*, Roma, 1968; P. TAMBURRINO, «Koinonia. Die Beziehung «Monasterium» y «Kirche» in frühen pachomianischen Mönchtum», *Erbe und Aufrag*, 43, 1967, pp. 5-21.

uales. La iglesia oriental no le reconoció la santidad, aunque la copta lo tiene por uno de sus miembros más ilustres.<sup>12</sup>

Los excesos y extravagancias de Shenute son una prueba de los extremos a que podía llegar una religiosidad exarcebada, en la que predominaban las corrientes de pensamiento y la mentalidad tradicional egipcia, escasamente influida por el sentido de la racionalidad griega. En cualquier caso, y aunque no puede concederse a Egipto la exclusiva en la implantación de las primeras formas de monaquismo, su papel resultó decisivo para la historia posterior. El período clave fue la primera mitad del siglo IV, que vio desarrollarse al anacoretismo en sus formas más o menos severas y al cenotibismo, que convivió con éste y que, lejos de constituir una superación de aquél, en la práctica sirvió con frecuencia de preparación para el anacoretismo. Pero quizá su mayor importancia radique en que fue el espíritu de Pacomio el que inspiró las posteriores reglas y formas de vida comunitaria que, atemperadas por la influencia griega, le darán un carácter universal. En esta tarea destaca la labor desarrollada por S. Basilio y el grupo de escritores capadocios.

#### *S. Basilio de Cesárea y el grupo de los Capadocios.*

El Monasterio Blanco de Shenute presenta una evolución o una deformación de la Koinonía Pacomiana, que recuerda el caso de S. Daniel respecto a Simeón Estilita. En el esbozo que estamos presentando sólo hemos querido ofrecer algunos momentos, los más significativos quizá, de un fenómeno como el Monacato que en los siglos IV y V invade todas las esferas de la vida social del Imperio Romano y constituye un capítulo aparte en la Historia de la Iglesia. Puede decirse que el Monacato da lugar a la formación de dos iglesias: la jerárquica y la monacal, iglesias paralelas, las más de las veces enfrentadas, que chocan entre sí y que se miran con recelo y aversión.

Los monjes, en sus formas de vida y espiritualidad más variada, proliferan por doquier. Ciertas modalidades de vida monástica, que las historias convencionales de la Iglesia suelen presentar como algo marginal, como excrecencias inevitables de una vida espiritual intensa, debieron tener gran importancia tanto por el número de practicantes como por su influencia en la vida de la

<sup>12</sup> Sobre este original personaje, véase la obra ya clásica de J. LEIPOLD, *Shenute von Atripe und die Entstehung des national-ägyptischen Mönchtums*, Leipzig, 1903. Sus escritos en J. LEIPOLD-W. CRUM, *Sinuthii archimandritae vita et opera omnia*, CSCO, 41, Lovaina, 1906; 42, 1908; 73, 1913.

Iglesia de esta época, según se deduce de la variada información que ha quedado en las fuentes históricas contemporáneas. Un ejemplo de estos tipos de monjes mal conocidos son los llamados girovantes o *remnuoth* que nos presenta S. Jerónimo como la variedad más abundante en la Palestina de su tiempo (384): «Y pues de hecho mención de los monjes y sé que gustas oír hablar de cosas santas, préstame por unos momentos atención. Tres géneros de monjes hay en Egipto: el cenobio, que en su lengua gentil llaman *sahnes* y nosotros podemos traducir «los que viven en comunidad»; anacoretas, que moran solos por el desierto y reciben su nombre del hecho de retirarse de entre los hombres; el tercer género es el que llaman *remnouth*, el más detestable y despreciado y que, en nuestra provincia, es el sólo y el primero que se da. Estos habitan de dos en dos o de tres en tres o poco más, viven a su albedrío y libertad, y parte de lo que trabajan lo depositan en común para tener alimentos comunes. Por lo general, habitan en ciudades y villas y, como si fuera santo el oficio y no la vida ponen a mayor precio lo que venden. Hay entre ellos frecuentes barajas, pues viviendo de su propia comida no sufren sujetarse a nadie. Realmente suelen tener competición de ayunos y lo que debiera ser cosa secreta lo convierten en campeonatos. Todo es entre ellos afectado: anchas mangas, sandalias mal ajustadas, hábito demasiado grosero, frecuentes suspiros, visitas de vírgenes, murmuración contra los clérigos y, cuando llega una fiesta algo más solemne, comilona hasta vomitar».<sup>13</sup> Es frecuente que la Iglesia jerárquica e incluso las autoridades civiles y gran parte de la opinión pública los miren con hostilidad y desprecio, midiéndolos a todos bajo un mismo patrón, y que se realicen intentos serios por parte de las autoridades civiles y eclesiásticas para acabar con ellos. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que una de las causas de la proliferación de Monacato es sus diversas formas en el s. IV fue el conformismo de muchos ante la instauración de una iglesia oficial, cada vez más acomodada con el mundo a partir de Constantino, tras las persecuciones de Diocleciano. En cierto modo, la era de los monjes sucedió a la era de los mártires. En este contexto hay que situar el juicio de un historiador tan moderado como L. Duchesne: «Considerando bien las cosas, el anacoreta era una censura viva de la sociedad eclesiástica. El solo hecho de su soledad demostraba que, a su parecer, la Iglesia se había hecho inhabitable para quien quería ser seriamente cristiano y tal parecer se fundamentaba en un ideal de vida religiosa que difería muchísimo del de la Iglesia».<sup>14</sup>

<sup>13</sup> JERON. *Epist.* 22, 34 (traducción de D. RUIZ BUENO), BAC, Vol. I, Madrid, 1962.

<sup>14</sup> *Histoire Ancienne de l'Eglise*, II, París, 1910, p. 491.

Se puede afirmar que en la segunda mitad del s. IV el gran reto que tuvo planteado el Cristianismo, además del cisma arriano fue la oposición entre el Monacato y la Iglesia oficial, y si esta oposición no desembocó en un cisma total, sino que, con el tiempo, se hizo posible la integración —parcial— del Monacato, ello se debió, por una parte a la gran variedad de situaciones regionales, consecuencia de la no existencia de una estructura jerárquica centralizada, y, por otra, a la acción de algunas mentes ilustradas y moderadas, entre las que ocupan un lugar destacado S. Basilio de Cesarea y los otros capadocios, en especial Gregorio de Nisa y Gregorio Nacianceno.

Basilio y su hermano Gregorio de Nisa procedían de una familia de grandes propietarios originaria del Ponto, convertida hacia tiempo al cristianismo. Ambos, al igual que su paisano Gregorio Nacianceno, recibieron una educación esmerada en la cultura clásica, recorriendo los mejores centros universitarios de la época. Esta cultura la hicieron compatible con un acendrado espiritualismo cristiano, muy instruido de ascetismo, que recibieron en el propio ambiente familiar: en el caso de Basilio y de Gregorio de Nisa debió de jugar un importante papel la acción de su madre Emmelia y de su hermana Macrina, iniciadora del cenobitismo femenino en el Ponto, y en el caso de Gregorio Nacianceno la labor de su padre, obispo de Nacianzo.

A la vuelta de sus estudios en Atenas, Basilio se retiró a la vida ascética en una gran propiedad familiar en Annesi. Allí se reunieron con él Gregorio de Nacianzo y sus hermanos, Gregorio, Macrina, Pedro, que también fue obispo y Naucratis, que murió joven. El difusor del ascetismo en estos ambientes de Asia Menor debió de ser Eustacio de Sebaste (c. 300-377), quien después tuvo problemas con la ortodoxia por su rigorismo. Basilio, llevado de un impulso ascético, realizó un viaje por diversos países orientales y por Egipto para conocer el monaquismo, que marcó profundamente su pensamiento: parece que no le convencieron los excesos de los anacoretas, pero se sintió profundamente impresionado por el cenobitismo pacomiano. Vuelto a su tierra, intentó implantar las formas de vida ascética, pero con profundas adaptaciones fruto de su reflexión personal, poniéndolas en práctica en los monasterios que fundó y plasmándolo en sus escritos. Elegido obispo de Cesarea de Capadocia, intentó hacer compatible el espíritu ascético con el episcopado y con una enorme acción social. Basilio se mantuvo siempre en estrecho contacto con Gregorio de Nisa y Gregorio Nacianceno y, aunque entre los tres hay profundas diferencias de temperamento e incluso en algunos momentos enfrentamientos, los escritos de los tres se distinguen por la combinación de ascetismo con espiritualidad moderada imbuida de cultura clásica en el marco de la

iglesia jerárquica, lo que influyó decisivamente en el porvenir de la iglesia posterior tanto en Oriente como en Occidente.

Sin entrar aquí en el análisis de los escritos y de la acción social y eclesiástica de cada uno de estos personajes, bastará con recordar que las enseñanzas ascéticas de Basilio, recogidas en lo que se ha llamado sus *Reglas*, marcaron un giro decisivo en el Monacato de Oriente y Occidente.<sup>15</sup> Basilio, en realidad, inventó poco. Se limitó fundamentalmente a refrendar y sistematizar lo que conocía, en especial las Reglas Pacomianas. De este modo dotó a la vida monacal de una medida y de un sentido común que derivaban básicamente de su formación en el clasicismo griego y de su espíritu pragmático. Restringió el individualismo y la excesiva libertad de cada uno de los miembros de la comunidad, que caracterizaba a la regla de Pacomio. A su vez, hizo del trabajo un elemento indispensable para el equilibrio moral y, en especial, para el trabajo intelectual. El Monasterio pasó con Basilio de ser un conglomerado de ascetas a constituir una verdadera comunidad, quedando desde entonces los monjes integrados en la vida y la actividad de la Iglesia.<sup>16</sup>

Si en el aspecto teológico la obra de los capadocios —y resulta imposible discernir quién de ellos tuvo más influencia— logró acabar con el arrianismo e integrar en el cristianismo el pensamiento filosófico griego, culminando la labor iniciada por Orígenes en s. III, en el aspecto eclesiástico su medida y sentido común hicieron posible la convivencia del Monacato y la Iglesia jerárquica. La Regla basiliana terminó por imponerse en todo el Oriente y por ella se rige aún el Monacato. En Occidente tuvo también una amplia difusión a través de numerosas traducciones latinas y contribuyó a normalizar también aquí la vida ascética y asentar las bases del Monacato medieval.

### *Consideración final.*

Hemos intentado trazar los orígenes de un movimiento tan complejo y variopinto como fue el Monacato, centrándonos en lo que consideramos fueron los tres personajes que significaron momentos y etapas decisivas en su evolu-

<sup>15</sup> Sobre la literatura clásica de Basilio, J. GRIBOMONT, *Histoire du texte des Ascetics de S. Basile*, Maredsous, 1949. Sobre Gregorio de Nisa, J. DANIELOU, «Saint Gregoire de Nysse dans l'histoire du monachisme», en *Theologie de la vie monastique. Etudes sur la tradition patristique*, París, 1961, pp. 131-141.

<sup>16</sup> Una síntesis del monaquismo basiliano puede verse en GARCÍA M. COLOMBAS, *op. cit.*, pp. 191-199.

ción: S. Antonio Abad (y su biógrafo S. Atanasio), S. Pacomio y S. Basilio. Cada uno de ellos representó una superación del otro de tal forma que a partir de Basilio, aunque pervivieron aún en Oriente formas muy distintas de vida ascética, desde la perspectiva histórica con que hoy podemos considerar el fenómeno en su conjunto, el Monacato tenía ya marcadas las líneas de su evolución. Algo similar ocurrió en Occidente. Aquí también las prácticas ascéticas, tanto de vida solitaria como comunitaria, se difundieron rápidamente teniendo como impulso inicial la traducción al latín de la vida de S. Antonio. Pero a diferencia de Oriente, y especialmente Egipto, donde el ascetismo fue un fenómeno espontáneo y popular, en Occidente fue eminentemente aristocrático y urbano, fruto quizá de su difusión a través de la literatura sobre anacoretas. Como ha señalado A. Roussell, «una de las cuestiones esenciales para comprender los cambios que afectaron a la civilización del Imperio no radica en las razones que empujaron al desierto a campesinos ávidos de reencontrarse con el dios cristiano, sino por qué esta práctica de los humildes felayines tuvo un éxito tal por el intermedio de los letrados y aristócratas de Oriente y Occidente».<sup>17</sup> Nos hallamos ante un apasionante capítulo de la historia social del Imperio Romano tardío, pendiente aún de un estudio serio.

La proliferación de monasterios en casi todas las ciudades de Occidente y la consiguiente proliferación de reglas que se imitan y copian unas a otras son la muestra de la atmósfera anárquica en que se divulga el Monacato en Occidente. Fue éste el contexto en que compuso su Regla S. Benito de Nursia, quien representó en Occidente un papel similar al de S. Basilio en la otra mitad del Imperio. Su Regla, que se inspira en gran medida en la del obispo capadocio, refleja los mismos valores: sentido común, equilibrio y mesura, a lo que se añade la tradición jurídica romana. En realidad S. Basilio y S. Benito son dos de las personas que mejor representan a la antigüedad tardía y su obra es una de las herencias de la Antigüedad que ha llegado más vivas hasta nuestro tiempo.

<sup>17</sup> *Porneia. De la maîtrise du corps à la privation sensorielle. II-IV siècles de l'ère chrétienne*, Paris, 1983, p. 178.